

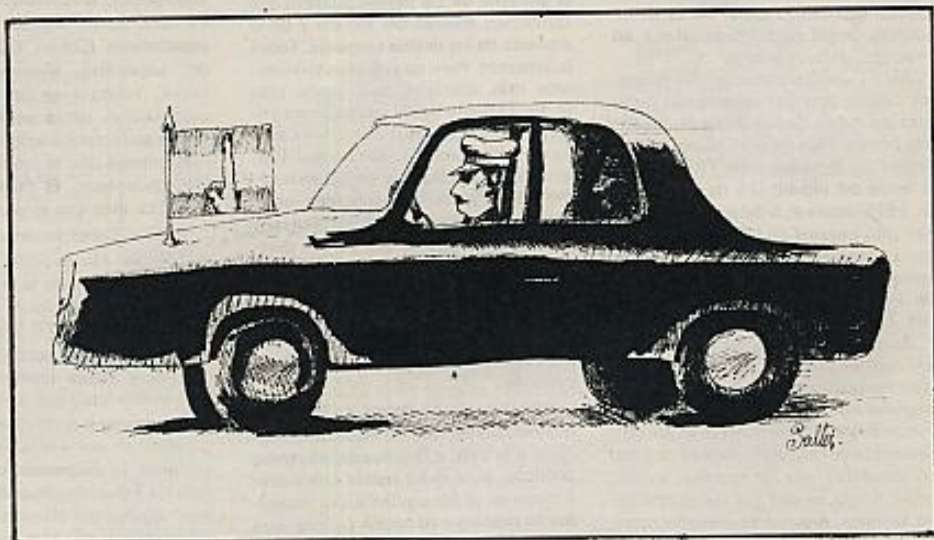
CRECE LA IMPACIENCIA

TENEMOS un régimen suntuoso dentro de un estado suntuoso. No son, por pequeño ejemplo, los ya famosos aviones "Mystère" y sus vuelos continuos los que se lo gastan todo; no es ni siquiera un estilo de grandes despachos y silenciosos automóviles, sino una poderosa burocracia. Una burocracia que hereda maneras y costumbres de la aristocracia de la que procede: de la aristocracia de la reconquista. Una burocracia feudal. Cuando el general De Gaulle hablaba de "grandeur" no conocía un jefe de negociado o de administración en España. Incluso hay un compositor contemporáneo que ha escrito no sé si una pavana o un vals "de los subsecretarios". Dentro de la sobrecarga histórica de la suntuosidad de reconquista y conquista de América, un Estado totalitario con vocación de estar presente en todo y de controlarlo todo ha agravado la cuestión. Este Estado suntuoso, herido además por una corrupción antigua —una picaresca, con una de las mejores palabras castellanas— con las que lucha muchas veces valiente, pero inútilmente la autoridad, y con la que lucha a su vez otra picaresca, la que realiza difícilísimas y cultas trampas a la hora de pagar impuestos, tiene un déficit presupuestario crónico. El actual Gobierno del presidente Suárez acaba de lanzar una medida para engrosar sus arcas de fin de año: la subida de los precios de la gasolina y de otros artículos de los llamados de lujo. Dicen los economistas que esta salida puede dar a las arcas unos cuatro mil millones de pesetas de aquí a fin de año. Los que pueden hacer perder a la economía y a la política auténticamente nacionales no se calculan con facilidad. En realidad, se trata de una antipolítica. Cuando se estaba esperando una línea política general aparece este parche. Una línea política general consistiría, por ejemplo, en un nuevo y equilibrado reparto de la riqueza por las vías democráticas, en la austeridad gubernamental que correspondería a los elegidos del pueblo y en las modificaciones necesarias no ya para que España dejara de ser capitalista, sino más modestamente para que pudiera cumplir los requisitos propios para entrar en la Europa capitalista actual. No es tan fácil superar las ambiciones de pequeños virreinos en que vivimos, el despilfarro de la sociedad dominante. Como no es tan fácil, aparece este arreglito, esta componenda: subir los precios de la gasolina. De

prisa y corriendo: en la misma noche en que lo decidía el Consejo de Ministros. Con una prisa que no se ha utilizado para poner en práctica la amnistía ni la entrega de pasaportes. Que todo suceda antes de que tengan tiempo de movilizarse los miles de automóviles de finales de agosto y la primera quincena de septiembre: para sacarles todo su producto a los veraneantes. Y a los turistas. Podría haberse esperado que antes de ese otoño pintado de terror se acudiese a medidas de contención de la inflación. La subida de la gasolina y de algunos impuestos de lujo (la palabra "lujo" no representa ya lo que representó en tiempos) arroja un nuevo dato más a la inflación. Con la de las tasas académicas. Y con las de una abierta y esbelta espiral de precios. Será preciso probablemente acudir al empleo de las fuerzas de Orden Público para contener los problemas de septiembre-octubre: quizá la reunión de gobernadores del último día del mes tenga mucho que ver con ello. Será preciso resistir la ola de huelgas que pueda producirse. En esa defensa y en esas huelgas quizá se vaya mucho más dinero del que se va a ganar. Y seguramente se irá también mucho del prestigio democratizador del Gobierno, que, a estas alturas, ya no puede despilfarrarlo. Ni siquiera gastarlo. La subida de la gasolina, la subida de la enseñanza oficial, va a gravitar como las otras subidas de precios, como toda la mecánica inflacionista, en unas clases no privilegiadas. De las que siempre se puede decir después que son movilizadas por agentes de la subversión, o por la oposición política, o por

campañas orquestadas. Pero quien lo dice sabe que está perdiendo ya.

QUIZA la línea general de la política de este Gobierno quede suficientemente expuesta en la alocución que el presidente Suárez va a dirigir a la nación. Consideremos hasta entonces que todas las especulaciones que se están haciendo sobre los planes gubernamentales, desde las entrevistas en la Zarzuela y los Consejos de Ministros hasta las cenas-sorpresa en la Presidencia del Consejo, son puramente eso: especulaciones. Se habla de un salto atrás. No lo ha habido todavía hacia adelante, más que verbalmente: difícilmente puede dar el Gobierno un salto atrás sobre sus propias posiciones. Lo está dando, quizá, en materias paralelas. En la cuestión del pasaporte denegado a los dirigentes máximos del Partido Comunista español, por ejemplo, y a algunos otros exiliados. Notemos que en esta decisión, que se ampara desde luego en una normativa nacional vigente, hay una considerable distancia hacia los textos internacionales de derechos del hombre y hacia la declaración de Helsinki firmada por el presidente Arias. En todas estas normas —que desde luego no son obligaciones, pero que determinan la naturaleza de un sistema político— se tiende a la libertad del ciudadano de un país para entrar y salir libremente de él. Aparte de que se contradigan determinadas declaraciones gubernamentales. En la Europa democrática ya ni siquiera es problema el pasaporte: se suele viajar con el docu-





mento nacional de identidad, que por otra parte es inalienable. Puede suponerse que en la negativa de pasaportes a los dirigentes del Partido Comunista hay, sobre todo, unos tabúes. Otros dirigentes están legalmente en España y actúan abiertamente. Pero sus nombres no tienen ese carisma negativo que tienen para muchos españoles de poder los de la señora Ibarruri y el señor Carrillo. No deja de sorprender que a estas alturas se pueda actuar por el tabú.

A PARTE de los aspectos negativos que para la democratización del sistema tienen esas medidas, hay otro aspecto de indudable gravedad: el protagonismo que se está dando a esas personas y a su partido. Todo parece girar en la política española en torno al Partido Comunista y a sus dirigentes. Es un error de óptica que perjudica la verdadera imagen del país, donde se desconoce el verdadero peso del Partido Comunista: pero el que tenga realmente lo ejercerá con o sin legalización, de la misma forma que el señor Carrillo puede hablar libremente de sus sucesivos viajes a España y sus entrevistas aquí con personas de autoridad presente o pasada —o futura— sin necesidad del pasaporte. Se está moviendo todo en un campo político irreal, y no se pueden despreciar así las realidades.

EN tanto se escucha el posible programa del presidente Suárez, y se espera que tenga el suficiente tiempo para realizarlo, hay que conformarse con algunas declaraciones en el exterior. Como la hecha a "Paris Match". Dice en ella el señor Suárez que la democratización en España asombrará al extranjero ("nous vous étonnerons"). Causa un

cierto escalofrío pensar que hay un deseo de asombrar a nadie. La política de asombro y de sorpresa es siempre temible. Hemos pasado ya bastante pasmo en los últimos años. Lo que se espera es, precisamente, una política que no asombre a nadie porque sea la de todos. El señor Suárez efectivamente promete: "Haremos una política normal para personas normales", pero insiste: "L'Espagne, monsieur, vous étonnera". Después de todo, esa democratización procede del general Franco, y ello ya es un motivo para causar asombro. "Quince días antes de su enfermedad —cuenta el señor Suárez— el Generalísimo me recibió. Le había visto con bastante frecuencia durante numerosos años. Debo decir que guardo un gran respeto por su sentido político. Aquel día, me dijo: "Ahora debe usted prepararse a la batalla por la democracia..." El periodista francés no necesita esperar más tiempo para asombrarse: comienza ya. Y se hace repetir la frase. "Oui, oui, la bataille pour la démocratie. Parfaitement". El valor de estas frases que, por lo que sabemos, no se habían pronunciado hasta ahora, es el de que de esta forma la democracia de Suárez, primer ministro de Juan Carlos, estaba ya prefijada por Franco, y precisamente encargada al señor Suárez. El "bunker" no tiene por qué quejarse de la falta de continuismo.

VIA oposición? Via, por lo menos, Partido Socialista. El señor Suárez cuenta su impresión de don Felipe González: "Se trata de un hombre de una inteligencia sorprendente. Nuestra conversación ha durado tres horas. Habría podido durar toda la noche. Hemos estado de acuerdo sobre la casi totalidad de los problemas. Tiene el sentido de España. Se trata de un patriota au-

téntico". No parece que don Felipe González haya obtenido el mismo optimismo de la entrevista, a juzgar por sus declaraciones a TRIUNFO (núm. 708) y por las que acaba de hacer en Zaragoza, según la Agencia Logos: "Aunque el Gobierno habla de democracia, no entiende por democracia lo mismo que la oposición", y no considera al actual Gabinete "con capacidad suficiente para llevar al país a una democratización sin exclusiones".

E SPECULACIONES... Tenemos en el aire un referéndum que nadie sabe si habrá o no habrá: si lo hubiere, nadie sabe qué se va a preguntar al pueblo, ni para qué. Una reforma de las Cortes y del Consejo Nacional del Movimiento, para convertirlos en algo parlamentario, no se sabe bien qué. Una ley electoral para llenar esas cámaras, o una de ellas, o parte de las dos. Un reconocimiento de los partidos, que no se sabe de cuáles, ni con qué limitaciones, ni cómo se han de formular esas limitaciones. Una ley electoral que tendría que estar hecha de acuerdo con toda la reforma constitucional. Y un programa básico de economía, a partir de una austeridad estatal, de un reparto de las cargas y de las riquezas. Y una libertad sindical para la que el ministro de Relaciones Sindicales, negocia, o prenegocia, o dialoga, o conversa, que cada una de esas palabras puede tener un matiz distinto, y no se sabe por qué ni para qué. Una modificación de estructuras políticas y sindicales que nos permiten entrar en contacto directo con Europa. Tenemos en el aire problemas de ser o no ser. Y tenemos también graves, muy graves problemas de impaciencia de todos los sectores. Desde los que ven fundirse el poder en una especie de anarquía disfrazada de impavidez, y temen un desastre, y querrian contenerlo aun a costa de otro, y entre los que ven fundirse sus salarios y sus esperanzas.

SI la situación del Gobierno anterior fue difícil y grave, y se hundió por no encontrar salidas, la de este Gobierno es todavía más difícil. Entre otras razones, porque es un Gobierno más sobre el anterior: sobre sus responsabilidades, ha heredado las de los otros. Tiene razón don Adolfo Suárez al decir que la oposición no tiene ninguna experiencia de Gobierno (aunque entre los miembros de la oposición los hay que cuentan con alguna muy grande); pero tampoco la tienen muchos de los gobernantes actuales y tienen en sus manos el porvenir del país. ■